

Estos hombres tenían en su mente la aventura americana y cuidaron en su informe al Rey hasta los más pequeños detalles. El proyecto de una China cristiana como América no fue atendido, pero el hecho de que se planteara es prueba de que no era un imposible. Lo que es indudable es que si se hubiera realizado, nos guste o no, la historia del mundo sería otra. La conferencia de Arturo E. de la Torre López acerca la cuestión milenarista al siglo XX. El autor presenta la historia y el desarrollo de una importante secta peruana, la Asociación Evangélica de la Misión del Nuevo Pacto Universal (AEMINPU), con una explicación sintética de su organización y doctrina. Es un intento de reunir las tradiciones incas pre-cristianas con un resto de espíritu cristiano de filiación protestante. Interesa porque en ella se dan tanto la interpretación absolutamente subjetiva de ciertos textos de la Escritura como el mensaje apocalíptico que caracterizan a tantas sectas religiosas. Nicolás Grimaldi, catedrático de Filosofía de la Universidad de La Sorbona hace un ensayo lleno de intuiciones interesantes. Grimaldi se enfrenta a la difícil pregunta de qué va a pasar con la cultura en el siglo XXI. Comienza por reconocer que es imposible predecir con seguridad nada de lo que va a pasar en el futuro, sobre todo, cuando nos movemos en el ámbito de la cultura, es decir, de la libertad del comportamiento humano. Pero anota una serie de reflexiones que pueden servir para la comprensión del momento actual de la cultura. Para ello, compara la situación de la cultura a mediados del siglo XX con la situación actual y, finalmente señala las tendencias que, a su juicio, van a conformar más las mentalidades en la primera mitad del siglo XXI. El volumen termina con una conferencia del Cardenal Edward Idris Cassidy, presidente del

Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos. En ella el Cardenal analiza la situación actual del diálogo ecuménico entre las Iglesias y propone las líneas fundamentales de trabajo, así como las principales dificultades y esperanzas de la Iglesia Católica ante el objetivo de recuperar la unidad, que estará en el centro de la vida de la Iglesia del próximo milenio.

M. Lluch Baixauli

Umberto ECO, *Arte y belleza en la estética medieval*, Lumen, Barcelona 1997, 214 pp, 15 x 22,5.

El Prof. Eco es bien conocido por algunas obras narrativas ambientadas en el medioevo y que podríamos considerar como concesiones a la «literatura de consumo». Sin embargo su obra intelectual discurre por los cauces de la investigación en el campo de la semiótica o los estudios sobre la filosofía del lenguaje en la Universidad de Bolonia. Como buen conocedor de la Edad Media publica ahora en castellano esta obra que introduce en una época de gran sensibilidad, universalidad y trascendencia, que supera los tópicos al uso de algún público.

Esta obra quiere ser un compendio *histórico* de las ideas *sobre la belleza y el arte en la Edad Media latina*. Se trata de una monografía para medievalistas o entendidos en la historia de las ideas estéticas, pero interesante también para conocer mejor una faceta importante de la Edad Media: su sentido de lo bello y su concepción del arte, y el ambiente cultural que lo sustenta. Seguimos así capítulos sobre las estéticas de la luz, que se plasman en las impresionantes catedrales; el sentido medieval de los símbolos; las teorías sobre el arte, sobre la invención artística y la dignidad del artista; etc.

Para algunos el concepto de Estética nace en Europa en el siglo XVIII pero la actitud de los historiadores ha cambiado y la Edad Media se ha valorado como una época rica en especulaciones brillantes sobre la belleza, el placer estético, el gusto, la belleza natural y la artificial, las relaciones entre el arte y las demás actividades humanas, etc. Eco recorre en esta obra la cultura del medieval, desde el siglo VI hasta el XV, concretamente desde la Patrística hasta los albores del Renacimiento, que presenta aspectos importantes que permiten entender mejor la mentalidad y los gustos del hombre medieval.

El autor estudia aquí la idea medieval del orden cósmico, que consiste básicamente en la *proportio*, tanto en el orden de las cosas como en la expresión artística (música, poesía, pintura, escultura, etc.). Interesante resulta su análisis sobre el desarrollo medieval de lo *bello como trascendental*, y los elementos que según Santo Tomás lo caracterizan, como un reflejo de lo ontológico. Un mundo medieval tiene un concepto valioso de lo bello en sí, como categoría ontológica, que es también estética y ética. Aquellas gentes estaban inmersas en una concepción teocéntrica del mundo, y precisamente por eso supieron valorar y amar la belleza sensible. Fueron más creativas y originales de lo que a veces pensamos.

Ciertamente no se trata de una época idílica pues está surcada de tensiones y de contradicciones, como también ocurre en la nuestra, pero sabían distinguir entre el bien y el mal, y el sentido accidental de este último; ellos no aceptaron el «neoplatonismo fuerte», porque se compagina mal con la valoración de la realidad sensible y la estructura de la creación y de libertad humana.

En definitiva Eco quiere mostrar que el mundo medieval respondió a las preguntas sobre los fenómenos estéticos en el ámbito de la propia visión del mundo, que era más universal y armónica de lo que pensamos. Algunas valoraciones son claramente opinables, pero el conjunto aporta un conocimiento de esta época tan importante y maltratada por otros. Considera el autor que durante casi diez siglos hubo un pensamiento estético medieval original, pero no monolítico. De una estética pitagórica del número que reacciona ante el desorden de las edades bárbaras, se pasará a una estética humanista que se refleja ya en el renacimiento del mundo carolingio. A partir de esa concepción, y con la garantía de un orden político estable, se elabora el sistema de un orden teológico del universo, y la estética se convierte en filosofía del orden cósmico. Entre Orígenes y los teólogos del s. XIII se dará una maduración de las realidades terrenas. Como ejemplo, las catedrales llegan a expresar el mundo de las *Summae* donde todo ocupa su lugar: Dios y las cohortes angélicas, la Anunciación y el Juicio, la muerte, los oficios, la naturaleza, y hasta el diablo mismo, introducido en el orden de lo creado (cf. p. 189).

Eco concluye esta reconstrucción de las teorías escolásticas de lo bello y el arte afirmando que no ha intentado llevar a cabo una restauración de aquello para nuestra época y, en cambio, superar el simplismo de quienes piensan que lo pasado ya es inválido para nosotros. Como si fuera «una de las imprecisas oscilaciones con que el Espíritu, o quien quiera que ocupe su lugar, se afana por llegar a síntesis cada vez más altas y comprensivas» (p. 187), que diría Hegel.

J. Ortiz López